

## LA NOVEDAD DEL SACERDOCIO DE CRISTO

*La problemática actual en torno al sacerdocio ministerial y a los distintos ministerios eclesiales ha de contar con una reflexión profunda sobre las raíces últimas del sacerdocio cristiano. El autor del presente artículo, Secretario de la Pontificia Comisión Bíblica, dibuja los rasgos característicos del sacerdocio de Cristo, tal como se deduce del texto de la carta a los Hebreos. La novedad del sacerdocio de Cristo ha de ser el punto de referencia obligado no sólo para el sacerdocio común de los fieles, sino también para una revisión a fondo del servicio eclesial del ministerio sacerdotal.*

*La novità del sacerdocio di Cristo, La Civiltà Cattolica 149 (1998) 16-27.*

En cierto sentido, nada es más antiguo que el sacerdocio y nada es más nuevo que el sacerdocio de Cristo. El sacerdocio es una institución muy antigua, porque responde a la preocupación de las sociedades por relacionarse con Dios a través de unos hombres, los sacerdotes, que se especializan en el culto divino. El sacerdocio es más antiguo que la Biblia. De hecho, los primeros sacerdotes que aparecen en ella no eran israelitas, sino paganos (véase Gn 14,18; 41, 45.50; Ex 2,16). El sacerdocio levítico aparece más tarde y no constituye una novedad. Los sacerdotes hebreos y los paganos se encargaban de tareas parecidas: el culto del santuario, la transmisión de oráculos divinos a los que se acercaban a consultar a la divinidad, la ofrenda de sacrificios, etc.

Por naturaleza las instituciones son estables y tienden a conservarse. Por ello, se tiende a concebir el sacerdocio siempre del mismo modo, y por tanto a asimilar el sacerdocio de Cristo al sacerdocio levítico. En cambio, el sacerdocio de Cristo aparece en el NT como una estupenda novedad. El NT supone una ruptura con el antiguo sacerdocio que, a primera vista, parece completa. Los Evangelios no hablan de - sacerdocio ni a propósito de Jesús ni de los apóstoles. Muchos títulos son atribuidos a Jesús en los relatos evangélicos, pero nunca se encuentra el de sacerdote o sumo sacerdote.

Esta ausencia de los términos indica claramente que a la Iglesia primitiva le fue imposible, en un primer momento, expresar con palabras antiguas su visión de Cristo. Fue necesaria una radical reelaboración de las categorías sacerdotales para hacer posible su aplicación al misterio de Cristo. Esta reelaboración se reveló como primordial para la profundización de la fe en Cristo. El resultado final es que el único tratado metódico de cristología del NT es un tratado de cristología sacerdotal, que se encuentra en la carta a los Hebreos.

### **Cristo mediador de la nueva alianza**

Si se quiere expresar en una fórmula breve la novedad del sacerdocio de Cristo, se puede decir: es el sacerdocio de la nueva alianza. En efecto, en la última Cena, Jesús tomando el cáliz, dijo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, derramada por vosotros". (Lc 22,20; véase I Co 11,25). Cristo es sacerdote nuevo porque es "mediador de una nueva alianza" (Hb 9, 15).

La insistencia en la mediación y en la alianza es ya una primera novedad respecto al AT. En el Sinaí, la conclusión de la primera alianza no había contado con la intervención de los sacerdotes (Ex 24,4-8). Los sacerdotes se relacionaban, no con la mediación de la

alianza, sino con el culto divino. El sacerdocio suponía un gran honor porque los sacerdotes eran considerados tales por *Dios* (véase Ex 28, I ; 29, 1). A ellos se les reservaba el derecho de ofrecer los sacrificios a Dios y de entrar en su casa. Y como el sumo sacerdote tenía el privilegio de entrar una vez al año en la parte más sagrada del Templo, aparecía como un ser casi celeste, ensalzado por encima del pueblo (véase Si 45, 6-13; 50,7).

En cambio, Jesús en la última Cena se presentó simplemente "como quien sirve" (Lc 22,27). En la institución de la Eucaristía expresó y reforzó una doble relación: primero, su relación con Dios, su Padre, en la oración de acción de gracias; y, justo después, la relación con los discípulos, a los cuales se dio a sí mismo -su cuerpo y su sangre-. Esta segunda relación tuvo una expresión mucho más fuerte que la primera.

Análogamente, la carta a los Hebreos sustituyó la visión unilateral del sacerdocio propia del AT -constituidos sacerdotes por Dios (Ex 28, I ; 29, 1)- por una perspectiva bilateral: "todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, es constituido para el bien de los hombres en las cosas que se refieren a Dios" (Hb 5,1). El autor empieza diciendo "constituido por los *hombres*" y sólo después precisa el otro lado de la mediación, hablando de las relaciones con Dios. Aplica a Cristo tres veces el título de "mediador", que nunca sale en el Pentateuco y una sola vez en el resto del AT y aun así como algo inviable (véase Jb 9,33). En cambio, en la carta a los Hebreos no sólo se afirma que Cristo es "mediador", sino que lo es "de la alianza" (Hb 8,6; 9, 15; 12,24), porque liga estrechamente sacerdocio y alianza. De todos los escritos del NT es Hb el que habla más a menudo de alianza: *Diatheke* (alianza) sale en la carta 17 veces contra 16 en el resto del NT

### **El nuevo concepto de santificación**

De esta primera innovación respecto al modo de concebir el sacerdocio, derivan muchas otras. Mientras el AT subrayaba la necesidad para el sacerdote de mantenerse separado de los demás, el NT insiste, al contrario, en la necesidad de la unión fraterna del sacerdote con todos los miembros del pueblo de Dios.

El AT se ocupaba ante todo de la relación entre el sacerdote y Dios. Por ello intentaba preservar al sacerdote de los contactos que le hicieran impuro para el culto divino. No pudiendo procurar una santificación de la conciencia de aquél que se acercaba a la tremenda santidad de Dios, el AT proponía una santificación externa por medio de separaciones rituales. El sumo sacerdote era "separado" porque pertenecía a Israel, pueblo elegido; además, a la tribu sacerdotal de Leví; y todavía, a una familia particular de la tribu de Leví. Finalmente, él era elegido dentro de esta familia. Los ritos de su consagración (Ex 29 y Lv 89) consistían en baños purificadores, unciones para impregnarlo de santidad y una vestimenta que expresaba su pertenencia al mundo sacro. No podía acercarse ni a los cadáveres de sus padres (Lv 21,1 l), porque se consideraban incompatibles la corrupción de la muerte y la santidad del Dios vivo.

En cambio, en el sacerdocio de Cristo, la insistencia en la mediación cambia y renueva radicalmente la perspectiva. Eliminando la santificación por ritos de separación, aparece la santificación por un dinamismo de comunión, cuya manifestación más intensa es la Eucaristía. Es muy significativa la frase, "para ser un sumo sacerdote", Cristo "tenía que

asemejarse en todo a sus hermanos" (Hb 2,17). Por el contexto entendemos que "en todo" incluye, no sólo la encarnación, sino también y sobre todo las pruebas, los sufrimientos y la muerte (Hb 2,9. 10. 18). Así pues, en vez de separación ritual, encontramos solidaridad existencial; en vez de ensalzamiento, encontramos extremo abajamiento; en vez de prohibición de contacto con la muerte, encontramos la exigencia de aceptar el sufrimiento y la muerte.

Jesús no era de familia sacerdotal, ni se preocupó por la pureza ritual: no dudó en tocar leprosos (Mc 1,4 ;o muertos (Mc 5,4 ;),y comía con pecadores (Mc 2,16; Lc 15, 1-2). La solidaridad existencial de Jesús con los más miserables llegó al culmen con su muerte en el Calvario. Esa muerte no tuvo nada de "sacrificio" en el sentido antiguo de la palabra: fue exactamente lo contrario, la ejecución de una condena. Un sacrificio era un acto de "con-sagración" ritual realizado en un lugar santo. Las ejecuciones de condenas eran actos de "des-sagración", de rechazo completo e infamante, y por ello se efectuaban fuera de la ciudad santa. Jesús murió "fuera de las puertas de la ciudad" (Hb 13,12; véase Lv 24,14): su muerte le excluía para siempre del culto sacerdotal antiguo.

En aquella época, la dignidad sacerdotal era considerada por los hebreos la más alta de todas, y había suscitado desde la época del éxodo ambiciones y celos (véase Nm 17-17; Si 45,18). Jesús, en cambio, escogió el camino inverso, el de la aceptación voluntaria de la humillación (Flp 2, 7-8). Renunció así a todo privilegio y "se asemejó en todo a sus hermanos" (Hb 2,17); aún más, se puso en el último lugar: en eso consistió su consagración sacerdotal. Era una novedad absoluta, tremendamente exigente, que invertía la concepción del sacerdocio. Daba una importancia fundamental a la función mediadora y, por consiguiente, a un dinamismo de comunión.

### **La novedad de la oblación sacerdotal de Cristo**

Por este mismo hecho surgía un nuevo concepto de la oblación sacerdotal, es decir, del sacrificio. Todo ha cambiado: es nueva la intención de la oblación; nuevo el contenido del ofrecimiento; nuevo el medio de realizarlo; nuevo el dinamismo resultante.

I. *Nueva intención de la oblación.* Las oblaciones sacrificiales se pueden considerar espontáneamente como regalos ofrecidos a Dios para ganarse su favor. La relación entre el oferente y Dios se concibe según el modelo de las relaciones entre dos personas o entre dos grupos humanos que intentan vivir en buena armonía. Por ej., después del diluvio, Noé se muestra generoso con Dios, ofreciendo holocaustos. Dios se siente satisfecho de ellos, lo cual le lleva, a su vez, a ser generoso con los hombres (Gn 8, 20-22). En conjunto, el NT muestra la insuficiencia de dichas oblaciones. En los Hechos de los apóstoles, san Pablo se opone firmemente a la pretensión humana de regalar algo a Dios, sean casas o alimentos (Hch 17, 24-25).

Según la carta a los Hebreos, la finalidad de las oblaciones no es provocar un cambio en la actitud de Dios, sino obtener una transformación interior del oferente. El autor observa a menudo la radical ineficiencia de las oblaciones antiguas en vista a la purificación de las conciencias (Hb 10, 12.4.11) y, por tanto, en vista a la auténtica relación con Dios. En cambio, la oblación de Cristo fue válida porque fue una transformación de Cristo mismo: por medio de su oblación, Cristo "llegó a la perfección" (5,9; véase 2, 10; 7,28). En vez de ser un intento de cambiar las

disposiciones de Dios, su oblación consistió en abrirse a la acción de Dios, con amor agradecido y plena docilidad, para que su naturaleza humana fuera transformada y perfeccionada, y se convirtiera así en "causa de salvación eterna para todos los que le obedecen" (Hb 5, 9-10).

2. *Nuevo contenido de la oblación.* Este cambio radical de perspectiva conlleva un cambio en el contenido de la oblación. El gran defecto del culto sacrificial antiguo era que permanecía irremediabilmente externo: sólo se ofrecían cosas materiales (véase Hb 9, 10). El sumo sacerdote entraba en el santuario "con sangre ajena" (Hb 9,25). Una oblación personal no era posible, porque el sacerdote no era digno de ser ofrecido: él era pecador y la ofrenda presentada a Dios, debía ser "sin mancha". Por otra parte, siendo pecador, el sacerdote no tenía en sí la fuerza de caridad indispensable para elevarse hasta Dios. Una tal liturgia no llegaba a Dios y no podía tener eficacia real para las personas.

La oblación de Cristo, en cambio, fue personal. Queda claro en la última Cena: tomó su propio cuerpo, su propia sangre. En una actitud de amor agradecido, los puso a disposición del amor que viene de Dios y los dio después a los discípulos. Cristo "se ofreció a sí mismo" (He 9,14). Entró en el santuario "no con sangre de machos cabríos y terneros, sino con su propia sangre" (Hb 9,12). Era capaz de efectuar esta oblación porque era perfectamente digno de presentarse ante Dios, siendo "sin mancha" (Hb 9,14), "santo, inocente" (Hb 7,26), indemne de toda complicidad con el pecado (véase Hb 4, JS). Además, él no era sólo víctima agradable a Dios, sino también sacerdote capaz de elevar la víctima, porque acogía en su corazón toda la fuerza de la caridad divina.

3. *Nueva forma de ofrecer.* En un sacrificio, el elemento más importante no es la cosa ofrecida, sino el medio usado para hacerla llegar hasta Dios. En el culto antiguo los sacerdotes usaban el fuego del altar. Gracias a él, las bestias inmoladas en el altar se transformaban en humo que se elevaba hacia el cielo y podía ser respirado por Dios como un "perfume agradable" (Ex 29,18). Según las tradiciones bíblicas, el fuego del altar no era un fuego cualquiera: sólo un fuego bajado del cielo era capaz de volver a subir y llevarse consigo las oblaciones (véase Lv 9,24; 2Cro 7,1). Un precepto levítico prescribía, pues, que el fuego se mantuviera siempre encendido en el altar (Lv 6,5-6).

En esta práctica del AT se manifiesta una intuición profunda respecto a la naturaleza de los sacrificios, que debemos descubrir de nuevo. En efecto, el término "sacrificio" se ha convertido hoy en algo negativo, que designa una privación penosa. Pero etimológicamente significa, "convertir en sagrado". La Biblia nos muestra que "sacrificar" es un acto tan positivo y tan grande que el hombre solo es absolutamente incapaz de realizarlo. Sólo Dios puede convertir algo en sagrado, comunicando su santidad. De este modo, la oblación sacrificial es un acto que valoriza inmensamente una realidad o a una persona, porque le infunde la santidad divina. Pero el hombre puede sólo presentar una ofrenda. Para que ésta se convierta en sagrada, hace falta la intervención de Dios que la transforme y la haga subir hasta Él por medio de su fuego divino. Esta intuición del AT conserva todavía su validez.

Pero la intuición quedaba a medio camino, porque el fuego divino se entendía de modo material: era un fuego que había caído una vez del cielo sobre el altar de los holocaustos. El autor de la carta a los Hebreos se liberó de este concepto rudimentario.

Meditando sobre el misterio pascual de Cristo, descubrió el sentido del símbolo: el fuego de Dios no es físico, es el Espíritu Santo, Espíritu de santificación, que transforma y santifica la ofrenda. Por eso escribió que Cristo "con un Espíritu eterno se ofreció a sí mismo, sin mancha, a Dios" (Hb 9,14). Y es que ninguna fuerza material, ni tan siquiera la del fuego, puede hacer subir una ofrenda hacia Dios, porque no se trata de un viaje en el espacio. Para acercarse a Dios, el hombre necesita un aliento interno, no un movimiento externo; una transformación del corazón, no una combustión física. Quien opera esta transformación y comunica este aliento es el Espíritu de Dios.

Para entender mejor la forma de actuar del Espíritu Santo en la oblación sacerdotal de Cristo, debemos observar los rasgos existenciales de la ofrenda de Cristo. En el capítulo 5º de la carta, el autor sitúa esta ofrenda "en los días de su carne" (Hb 5,7). No fue, pues, una acción simple para un ser totalmente espiritual, que se hubiese elevado hasta Dios sin ninguna dificultad. Para Jesús, el punto de partida de la oblación no fue glorioso, sino muy humilde. Habiendo asumido realmente nuestra carne débil y mortal (2Co 3,14), se encontró en una situación de angustia tremenda ante la muerte, y por ello "ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas" (Hb 5,7). La oblación de Cristo se realizó por medio de una ofrenda de súplicas y fue oblación del corazón.

A las múltiples oblaciones del culto antiguo, Cristo sustituyó la oblación de su corazón, aceptando que el Espíritu Santo efectuase en su corazón humano la transformación dolorosa que era necesaria para procurar a los pecadores el "corazón nuevo" prometido por Dios (Ez 36,26). Su oblación fue oblación del corazón, no en el sentido de que se limitase a una actitud interna, sino en el de que se realizó en la parte más íntima de su espíritu para extenderse a todo su ser humano, a todo su actuar y padecer. He ahí el cumplimiento, en el corazón humano de Cristo, de la profecía de la nueva alianza: habiendo aprendido la obediencia, Cristo tiene la Ley de Dios escrita de modo nuevo en su corazón de hombre, como había predicho jeremías (Jr 31,33).

4. *Nuevo dinamismo puesto en marcha.* La oblación sacerdotal de Cristo supone otra novedad: en ella se ha realizado una sorprendente unión entre la docilidad a Dios y la solidaridad con los pecadores, y esta unión ha iniciado un nuevo dinamismo de alianza. En el AT no había posibilidad de unir las dos orientaciones: para estar con Dios parecía necesario combatir contra los enemigos de Dios. Por ello, después de la idolatría del becerro de oro, los levitas se habían separado de sus hermanos y habían llegado a exterminarles, para obtener su sacerdocio (Ex 32, 26-29). Jesús, en cambio, obtuvo su sacerdocio de modo inverso: por medio de una total solidaridad con los pecadores. Su docilidad filial, lejos de obstaculizar dicha solidaridad (Lc 19,10), le impulsó a llevarla hasta el extremo. En vez de excluirse mutuamente, las dos disposiciones de espíritu se reforzaron mutuamente. Para corresponder plenamente al amor del Padre, Jesús dio su vida por sus hermanos pecadores (Flp 2,8). Así, en la oblación sacerdotal de Cristo se soldaron las dos dimensiones del amor -a Dios y al prójimo-, a las que corresponden las dos dimensiones -vertical y horizontal- de la cruz. Esta unión indisoluble pone en marcha un potente dinamismo de reconciliación y de comunión: el dinamismo de la nueva alianza, que se nos comunica en la Eucaristía, sacramento de comunión.

## Conclusión

La oblación sacerdotal de Cristo tiene como resultado definitivo su actual posición de mediador perfecto, dotado de insuperable capacidad de relación. En la carta a los Hebreos esta capacidad se expresa con dos adjetivos: "fiel" y "misericordioso" (Hb 2,17). "Fiel" expresa la capacidad respecto a las relaciones con Dios. "Misericordioso" expresa la capacidad de comprensión y de ayuda a nosotros, los hombres. En los acontecimientos de la pasión y la glorificación de Cristo esta doble capacidad fue llevada al límite.

"Por haber padecido la muerte", Jesús ha sido ahora "coronado de gloria y de honor" (Hb 2,9); Dios le ha proclamado "sumo sacerdote" (Hb 5,10). La relación de Cristo con Dios es la más estrecha posible, porque Cristo es Hijo en el sentido más pleno de la palabra; es "el Hijo de Dios" (Hb 4,14), "resplandor de su gloria e impronta de su sustancia" (Hb 1,3). Por medio de la pasión, la naturaleza humana de Cristo ha sido elevada a la plenitud de la gloria filial (véase Hb 5,5; Rm 1,4; Flp 2,8-9). Resulta de ello que la filiación divina confiere a su sacerdocio un valor único, antes inimaginable, para las relaciones con Dios. Por otra parte, Cristo ha adquirido, por medio de sus sufrimientos y de su muerte, una capacidad extrema de compasión y de misericordia hacia nosotros: "Pues no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, pues él mismo fue probado en todo como nosotros, excepto en el pecado" (Hb 4,15). "Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados" (Hb 2,18).

En el misterio pascual de Cristo, hecho presente en la Eucaristía, la relación con los hombres y la relación con Dios han sido conducidas simultáneamente, una por medio de la otra, a su perfección. Todas las separaciones antiguas han sido abolidas. Un "camino nuevo y vivo" existe ahora para la comunicación entre los hombres y Dios (Hb 10,20). Este camino es Cristo mismo, sacerdote perfecto, que en la Eucaristía pone a nuestra disposición sus estupendas capacidades de relaciones, adquiridas a alto precio, para que podamos propagar en el mundo la comunión en el amor.

**Tradujo y condensó: JOSEP F. MÀRIA**